

CHARLES BUKOWSKI

Una poética de la perversión



Anticonvencional, escéptico hasta el hueso, Charles Bukowski se ubica para muchos críticos entre los cuentistas norteamericanos más significativos, merced a un estilo directo, despojado, que martilla donde más duele: la descomposición social. En un encuentro con el novelista chileno Poli Delano —entrevista que da lugar también a referencias críticas, un relato y poemas (material hasta ahora no conocido al español)—, queda expuesta la personalidad no complaciente del escritor de los suburbios de Los Angeles.

El grito de los marginados

ENCUENTRO CON CHARLES BUKOWSKI



"Me gustan los hombres desesperados, hombres con los dientes rotos y los destrozados. También me gustan las mujeres viejas, las penas bonitas, con las medias caídas y arrugadas y las caderas pringosas de maquillaje barato. Me atraen más los perversos que los serios. Me encuentro bien entre marginados porque soy un marginado. No me gustan las leyes, ni morales, religiones o reglas. No me gusta ser inculcado por la sociedad". Así se autodefinió Charles Bukowski, el escritor de los bajos fondos de Los Angeles, norteamericano nacido en Alemania en 1920, uno de los mejores cuenteros de cualquier época y de los más fecundos autores contemporáneos, comparado a veces con Hemingway por el rigor de su estilo y su herencia directa y desahogada (por ello "casual" con que a veces parece inclusive superior al maestro), y con Céline y Henry Miller por sus preferencias temáticas.

Rudo, caótico, feroz, despiadado, humilde, delirantemente sexual, violento, no figura

sin embargo entre los *beat-writers* de la narrativa de hoy, y es explicativo su literatura dura, nada férrea de complaciente, le dice a mucha gente cosas duras que esta no quiere oír, prefiere ignorar o prodigarles una siempre verónica. Sus personajes son reventados físicos y moralmente: prostitutas, bebedores en tiempo de descuento, borrachos sin remedio, jugadores delirantes y de cuarta persona, violadores de niñas inocentes, delincuentes despiadados, tipos todos que sirven para trazar un gran fresco de la descomposición moral de un mundo donde los valores están volando bajo, por las alcantarillas. "La suya es la voz de los sin trabajo, mujer ni domicilio —suplica Juan Carlos Rodríguez—, de los que se pierden un cuento por varias noches en una penión de débil y lo usan para dormir de día las resacas que se agitan de noche". Por su parte, Carlos Olivares, cuentero chileno de los serenos y bufoestrosianos fatalistas, dice que se trata de un "escritor-droga", si se le una vez se adueña el vicio de perseguir sus ideas". Sin embargo, soy más bien de la

quien de que se trata de un escritor que genera reacciones extremas, o gusta a morir, o produce verdaderas náuseas. Hace algún tiempo, antes de conocer a Bukowski personalmente, cuando acababa de descubrirlo y lo incorporaba por primera vez, se me ocurrió empezar a leer en voz alta uno de los cuentos de *La máquina de tomar* a una escritora que me visitaba en Cuernavaca a un momento, donde él vió algunos años. Antes de dos párrafos, mi amiga se levantó, me dijo con cierta indignación que no seguía y se dirigió al baño, a vomitar. Así es. Sus lectores lo presentan como alguien que abandona durante diez años la literatura para dedicarse exclusivamente a beber. También sostienen que Céline o Miller son dulces monaguillos comparados con Bukowski.

Llegó a casa de los Bukowskis en San Pedro (el puerto de Los Angeles) con el poeta David Valdez, amigo común que había conocido la cita. Eran cerca de las nueve de la noche y nos atendió la hija Linda Lee, su compañera, según más jóvenes, risueña, jovial y

conceda a las comidas nanuistas, entran en las botellas de vino que llevaba ya dentro en el living de la casa, entraba también, desde otro lado, Bukowski, descalzo, gnufo, con la camisa afuera, cordial, con algunas copas ya en su haber. Venía de su cuarto de trabajo, una especie de antecámara; dentro de una casa bien tendida, perfectamente clase media, limpia y ordenada, un cuarto donde el escritor reproduce su hábitat de toda la vida: el desorden, puchos apagados y faros de cerveza vacíos por todo el suelo. "Necesito trabajar en un ambiente así", asegura Bukowski. "Me estimula". Pronto nos pusimos manos a la obra con el vino, y la conversación se fue por muchas rutas, perdió a ratos su norte, quedaron cabos sueños, ideas inconclusas, pero de algún modo las preguntas y las respuestas están ahí. Después de todo, fueron las tres botellas que yo llevé y tres más, y la noche se prolongó hasta la madrugada. En un momento pregunté si a su cuento "Los asesinos" lo había titulado así por el cuento homónimo de Hemingway. Dijo que sí, que por supuesto, aunque consideraba que el suyo era superior al del viejo Ernest. No lo dijo con pedantería, sino más bien con una sonrisa, como si el mismo no creyera lo que estaba diciendo. Y es posible, mirando bien las cosas, que tenga razón: que su texto sea más doloroso, más intenso y hasta más perfecto que aquel magistral relato de los gangsters que van en busca de un boxeador sucio al que tienen que mandar a mejor mundo. Pensando en los autores a quienes alude para bien o para mal en varios cuentos —"G.I. Shaw no me produce más que bofetones". El Hemingway joven era bueno. Ginsberg a veces—, le pregunté por sus lecturas del momento, que autores le gustan, de cuáles abomina.

—La verdad —contesta— es que hace treinta años que no leo nada.

La respuesta es sorprendente, aunque no inverosímil, si pensamos que Bukowski escribe con un desenfado y bebe todos los días hasta que el alcohol ocupe el escenario central de la cabeza. Cuando deja la pluma, no hay lugar ya para la lectura. Sin embargo, podría tratarse también de una respuesta un tanto publicitaria, porque la verdad es que en cuentos y novelas menciona a escritores y tiene ideas muy definidas acerca de ellos: "Dejando a un lado a Dreiser, Thomas Wolfe es el peor escritor norteamericano. Burroughs es terriblemente aburrido, Faulkner una nulidad. Saroyan sería bueno si no fuera tan optimista".

—¿Por qué siendo tan bueno —le pregunto sin ironía— sus libros no salen de las editoriales marginales como Black Sparrow o City Lights?

—No me gustan las ediciones millonarias. Pueden dar mucho dinero y uno corre el riesgo de volverse rico. Detesto a los ricos. Y me mantengo leal a Black Sparrow. Cuando yo andaba muerto de hambre, ellos me pagaron cien dólares por una serie de relatos y además los publicaron.

En la conversación, Bukowski va respondiendo preguntas, expresando ideas, manifestando su visión del mundo y de las cosas más íntimas y cotidianas. Lo que dice lo hemos leído y leído en sus cuentos y novelas, antes o después de esta noche cordial, es decir, hay una comunión estrecha y dinámica entre lo que este autor escribe y lo que la vida le va pasando en cada día.

—Te han acusado de machista —le digo. La respuesta que me da podría ser exactamente la misma que da el "gran poeta" de su cuento a su joven entrevistador, cuando le pregunta qué piensa sobre la liberación femenina: "En cuando ellas se dispongan a

lavar el auto, a empapar el estrado, a perseguir a los dos tipos que acabas de enseñar la tienda de licores o a limpiar las alcantarillas, en cuando ellas se dispongan a que los vuelen las tetas de un balazo en el ejército, yo estaré listo para quedarme en casa y lavar los platos y aburrirme recogiendo hilachas de la alfombra".

En su novela *Mujeres* (tema en el que ha investigado mucho, según me pone en la dedicatoria), el protagonista, Henry Chinaski (autobiográfico, apodado Hank y personaje de otros cuentos y novelas del autor) está sentado, solo, bebiendo en un bar. Llega una dama que se presenta como profesora de literatura, acompañada de una de sus alumnas. Le pide al escritor que le responda algunas preguntas para la clase. La primera de ellas indaga sobre quién es su escritor favorito. Chinaski menciona a John Fante (el propio Bukowski me dijo que Fante era su mayor influencia), autor de *Pregúntale al polvo*. ¿La razón? "Emoción total. Un hombre muy valiente". ¿Quién le sigue a Fante? insiste la profesora. Celme, dice Chinaski. "Razones"? Le sacaron las entrañas y pudo ver, y los hizo reír a ellos además. Un hombre muy valiente". ¿Cree usted en la valentía? "Me gusta verla en cualquier parte", dice el escritor, "en los animales, en las aves, en los reptiles, en los humanos". ¿Razones? "Me hace sentir bien. Es asunto de estilo frente a ninguna oportunidad". La frase desde luego recuerda el concepto hemingwayano de "gracia bajo la presión" que acaso ha sido mejor traducido como "elegancia en el sufrimiento". La siguiente pregunta de la maestra cae por su propio peso, ¿Hemingway? "No", dice Chinaski a secas. ¿Razones? "Muy torvo, demasiado serio. Buen escritor, frases magníficas. Pero la vida para él siempre fue una guerra total. Nunca se solaba, no bailaba nunca". La maestra y su alumna guardaron sus cuadernos y se esfumaron. Chinaski se lamenta de no haber alcanzado a decirles que sus verdaderas influencias eran Gabrio, Cagney, Bogart y Errol Flynn. En otro momento de la misma novela, Henry Chinaski se halla en casa de Sara (que por algunos rasgos y situaciones parece corresponder a Linda Lee) cuando llega un joven de barba negra y pelo largo que se presenta como poeta y le pregunta cómo logra un autor publicar sus obras. Se produce el siguiente diálogo, de absoluta elocuencia:

—Se le entrega a los editores.
—Pero yo soy desconocido.
—Todos empezamos desconocidos.
—Doy tres lecturas por semana. Y como soy actor, leo muy bien. Me imagino que si leyera más mis propias cosas, alguien podría querer publicarme.
—No es imposible.
—El problema es que cuando leo no aparece nada.
—No sé qué decirte.
—Voy a editar mi propio libro.
—Así lo hizo Whitman.
—¿Quiere leer algunos de mis poemas?
—Por ningún motivo.
—¿Por qué no?
—Sólo quiero beber".

Sin comentarios, *Mujeres* es una novela deliciosa en la que el protagonista narra su vida erótica a partir de los cincuenta años, con un realismo bastante crudo que a ratos podría confundirse con la pornografía. Agil, divertido, despiadado, va entregando peso a peso una verdadera galería de personajes femeninos que acentúan un poco violentamente contra los postulados feministas. "Me acusan mucho por mis personajes favoritos", me dijo Bukowski aquella noche. "Si pinto a una mujer que es basura, los feministas se me

echan encima, mientras que si pinto a un hombre que es basura, no me dicen nada". Injusticia sexual, si se quiere.

Si abrimos cualquiera de las ediciones recientes de Bukowski y leemos la lista de sus obras, no podemos dejar de lanzar una exclamación de sorpresa, ¡abriedor de cuarenta títulos! Y eso que empezó a publicar después de los cincuenta años. Cientos de cuentos (reunidos en español) bajo los títulos de *La máquina de follar*, *Se busca una mujer*, *Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones* y *Escritos de un viejo indecente*, varias novelas (*Factotum*, *Cartero*, *Mujeres* y *La senda del perdedor*), y un sin fin de poemas que han recorrido buena parte de las universidades norteamericanas en los recitales que Bukowski suele dar por el pago de quinientos dólares. Que sepamos, sólo un volumen de su poesía ha aparecido en traducción al español, *Soy de la orilla de un vaso que corta, soy sangre*, publicado en México. Sus poemas se parecen a sus cuentos: son de clara tendencia narrativa. Comentándolos, el escritor uruguayo Saúl Borgey señaló: "Al igual que en sus relatos, Bukowski atrapa seres marginados, distorsionados, alienados, confusos, declinantes. Quizá por extraña solidaridad o por una ternura inconfesable, o simplemente porque su desgarrada historia de penuria, desempleo, ánimos de escritor tardío, de alcoholismo destructivo y de minero fatalista, lo puso en el único rumbo que podía elegir. Aun así, esta poética contiene una fuerza dramática, una intensidad vital y un propósito ineludible que obligan a estudiarla con detención y desprejuicio. Tal vez los poemas "puros" que tanto abundan todavía por estos muros de mero papel, queden horriblosos. Bukowski, sencillamente, se reirá de todos. Nosotros también".

Maestro indiscutible del cuento, Bukowski ha dado también un campanazo fuerte en la novela, con uno de sus libros más recientes, *La senda del perdedor*, que muestra una diferencia básica con casi todo el resto de su obra narrativa: se aleja del objetivo tema sexual que lo persigue para centrarse autobiográficamente en la vida del hijo Chinaski-Bukowski —hijo de un padre brutal, mediocre y violento que lo azota con una correa de cuero— que avanza a través de una adolescencia dura y desolada de la época de la Depresión hasta los primeros años de la juventud. La mirada del autor es obviamente compasiva y le otorga una alta dosis de humanidad al personaje, verdadero sobreviviente que vive y se desvive aplicando el ya citado lema hemingwayano de "elegancia en el sufrimiento". La misma mirada compasiva que emboca a toda la corte de seres marginales que pueblan su obra y que se pasan la vida jugando a perdedor. Conociendo la infancia y la adolescencia de Henry Chinaski, entendemos mejor las raíces de la violencia bukowskiiana que tanto ha incomodado a los sectores más burgueses y puritanos del público lector, que se niegan a ver más allá de sus raíces y escudrinan un poco en la basura. Dice Stephen Kessler que Bukowski escribe con un sentido de la verdad típico de quien no teme nada que perder, y que "el ataque moralista-filosófico de Henry Miller contra las convenciones sociales y literarias, parece trascendentalmente ingenuo frente a la mirada que desde más abajo del bien y el mal ejerce Bukowski". Sin embargo, apuntamos para terminar, que entre la angustia, el escepticismo que sobrepasa lo cínico, la amargura de residir en un mundo que al parecer no tuviera soluciones, Bukowski es capaz de sacar la sonrisa, cierta dosis de generosidad humana que hace que, después de todo, no se pierdan las esperanzas. ©